

JAVIER IGNACIO MORALES REYES

*ESTO*

## CARTA DE PRESENTACIÓN

### Lector amigo:

*“ESTO” que tienes en tus manos, no lleva título: su autor —joven de veintitantos años— no quiso, o mejor, no pudo dárselo.*

*Porque la AMISTAD, que es el asunto de este escrito, no se define con palabras: SE VIVE.*

*El que no la viva, jamás entenderá lo que se dice o se escribe de ella. Pensará que tales cosas son sueños irreales, locuras, tonterías, qué se yo... A lo sumo se dirá: “sería hermoso que fuera una realidad, pero eso es imposible”.*

*Si tú, leyendo este escrito, piensas esto último, no lo admitas, te lo ruego. Mejor que eso, haz la prueba de encontrar un amigo: “busca y encontrarás, llama y te abrirán”.<sup>1</sup>*

*Infaliblemente encontrarás, si buscas al Amigo con mayúscula. Y también, te aseguro, encontrarás más de un amigo entrañable en este mundo.*

• • •

*¿Que cómo se le ocurrió a Javier escribir “ESTO”?*

*Pues verás: Javier tiene una hermanita de doce años. Deseaba explicarle qué es la Amistad, qué es un amigo. A Javier, que vive en Guadalajara, le bullen las ideas en la cabeza cuando va de viaje en autobús hasta su lejano Torreón.*

*Entonces, saca unas hojas y se pone a escribir. Así nació “ESTO”.*

• • •

---

<sup>1</sup> Cf. Lc. 11, 9.

*Cuando “ESTO” llegó a mis manos, varias cosas me impresionaron al leerlo.*

*Ante todo, la forma fácil y originalísima, —con su espontáneo lenguaje coloquial— que revela una vocación de escritor, una promesa que esperamos se convierta en la realidad de un escritor fecundo y luminoso.*

*Pero sobre todo me impresionó el fondo del escrito: la variedad de enfoques sobre la Amistad y la exactitud de dichos enfoques: su lucidez, su equilibrio, su realismo.*

*Realismo de ese idealismo que es la Amistad, aunque suene a paradoja.*

*Se contempla la Amistad en su búsqueda, en su nacimiento, en sus desengaños, en sus problemas, en su entrega, en su perennidad, en su eternidad.*

*Leyendo los pasajes en que la Amistad aparece como un impulso hacia arriba, como un abandonar juntos lo obscuro, lo fétido, lo vulgar, para gozar de la luz, del perfume de las flores, del brillo de las estrellas, de la fiesta soberana de un amanecer o de un crepúsculo; leyendo, digo, todo “ESTO”, he recordado espontáneamente el inmortal mito de Platón: la caverna y el cautivo liberado de ella, que descubre atónito la belleza de la Realidad, que se encuentra fuera de la caverna. Los que habitaban en ella sólo podían ver las sombras que la luz exterior proyectaba sobre el muro de la prisión.*

*El cautivo vuelve, todo emocionado, y en la embriaguez de su dicha trata de explicar a sus infelices compañeros, la belleza de cuanto ha visto.*

*Pero ellos no entienden palabra: no creen, no quieren creer, se ríen, se burlan.*

*Son ellos los que ven la realidad. No hay más realidad que las tristes sombras que ven en su caverna.*

*Todo lo demás es imposible que exista: aquel compañero delira, está loco.<sup>2</sup>*

• • •

*Amigo lector: lejos de tomar tú esta actitud, lejos de condenar al joven visionario que escribió “ESTO”, ten fe en él.*

*Lo que él nos dice es una Realidad, es LA GRAN REALIDAD, porque la Amistad es amor y el amor es DIOS.*

---

<sup>2</sup> Rep., 1, 7.

*Te invito, pues, a que tú y yo, dándonos la mano como amigos, echemos a andar, como los geniales insectos protagonistas de este relato, en busca de la Amistad.*

*Delante de nosotros va un joven de ojos limpios e iluminados, que sólo cuenta para andar por la vida con las tres cosas que dijo el poeta:*

*“Sólo tres cosas tenía  
para su viaje el romero:  
los ojos abiertos a la lejanía,  
atento el oído  
y el paso ligero”<sup>3</sup>.*

*Luis Martínez Peñaloza, M.Sp.S.*

*Morelia, Mich., a 16 de julio de 1982,  
en la festividad de la Virgen del Monte Carmelo.*

---

<sup>3</sup> González Martínez, Enrique. *Las tres cosas del Romero*. O.C. El Colegio Nacional. México, 1971. p. 253.

*La amistad no es ver en el amigo a alguien perfecto;  
sino descubrir su capacidad de ser mejor.*

*Consiste en intuir más allá de las apariencias  
la riqueza del corazón.*

*Es la aceptación del otro,  
como el otro es,  
no como quisiera uno que fuera.*

*Es disminuir uno para tomar de la mano  
la pequeñez y la fealdad, y así,  
crecer juntos  
hacia horizontes de perfección.*

*Es vivir en la gozosa capacidad de dar,  
y, por lo tanto,  
de ser.*

*De amar hasta el extremo  
de permitir al amigo ser libre  
y volar hasta alturas jamás soñadas,  
aunque uno permanezca solo y muera.*

*Porque podrá el amigo desaparecer,  
pero la amistad jamás morirá.*

*La amistad es descubrir  
"a los posibles amigos  
que viven bajo las alcantarillas".*

*La amistad es, sobre todo,  
la Buena Nueva de un Dios  
que supo confiar que,  
en cada hombre, existe  
la capacidad de llegar a ser sus amigos.*

*Este es el mensaje  
que Javier  
nos quiere transmitir.*

*Ojalá que tengamos el valor de vivirlo...*

*Enrique Ponce de León, S.J.*

*ESTO no tiene nombre,  
pues no lo encontré.  
Es, simplemente, el relato  
de los posibles amigos que  
están bajo las alcantarillas.*

I

Regresaba a casa; tormentas como aquella hacía mucho tiempo que no se veían y me había sorprendido en pleno camino. Se inundaron las calles, por lo que hube de esperar arriba de unos escalones evitando así la corriente. Vi cómo las alcantarillas comenzaron a ceder: una por allá, después la de la esquina; de pronto descubrí que había una a escasos centímetros de los escalones. No tardó en saltar como un corcho y me alcanzó a empapar las piernas.

Al pasar el chubasco, la corriente empezó a calmarse, y mientras veía cómo iba bajando el nivel del agua en la pared vecina, me llamó la atención algo que estaba agarrado en el ladrillo; se movía lentamente tratando de alcanzar el aire. Movía sus patas pausadamente agazapándose en los poros del ladrillo; logró salir, sus antenas estaban pegadas a la pared por la humedad, una ya sólo era la mitad; traía las alas semiabiertas y arrastrando.

No sabía decir si fue asco, más bien compasión o algo diferente; ya no el acostumbrado zapatazo o la bomba de insecticida. Tal vez sería por su situación, en cierta forma parecida a la mía, pero en la que veía mucho más esfuerzo, más dolor y pasión. Esto suena un poco ridículo para un bicho como ése, pero después lo comprobé. . .

Pues sí, no supe cómo pasó; el hecho fue que arranqué una hoja del cuaderno y doblándola en forma de canal, la coloqué bajo el insecto; ya no se movía: estaría tomando aire. Por esos impulsos que no sabes de dónde vienen, empujé hacia arriba y quedó sobre el papel; quieta, inmóvil. Esta vez tampoco fue el correteo de huida de siempre. Tal vez su vulnerabilidad me desarmó. Pensé que necesitaba aire, y comencé a exhalar el aire más tibio que despedían mis pulmones.

De pronto vi tan cerca a ese asqueroso bicho y me encontré ridículo; tuve repugnancia y aventé el papel. Cayó sobre el escalón; el insecto de un color café pálido estaba ahí tirado, con sus grandes ojos como manchas sobre la cabeza, inmóvil. . . No pude desviar la mirada: ¿Cuántos años habrán pasado sobre él?, me pregunté. ¿Cuántas tormentas? ¿Cuántas horas pasaría agarrada a la pared, luchando por sobrevivir? ¿Cuántas veces habría sido arrastrada por los tubos de drenaje a las alcantarillas?

Estaba junto a mi pie, a punto de ser aplastada como otras muchas, pero. . . movió sus antenas. Tal vez por el aliento que le di, ¡se está recuperando!, pensé. Recogí la hoja. Volvió a mover sus antenas. Soplé de nuevo: una, dos, tres veces. . .

—“Gracias”, oí de pronto.

— ¿Qué?, ¿quién? Miré a mi alrededor: había dos gentes en la acera de enfrente, otro había pasado a mi lado y caminaba hacia la esquina: — ¡Ey, usted! ¿Qué dijo?, grité. No volteó y continuó su camino.

—“¡Gracias, amigo!”

— ¿Qué?, ¿de nuevo? No acertaba a ver de dónde venía y sentí temor; sí, recuerdo bien. Fue entonces cuando observé la hoja que continuaba en mi mano. Y comprendí oyéndola de nuevo:

—“Sí, soy yo”.

— Pero si tú no eres más que una cucaracha. No entiendo. ¿Cómo vas a hablar si eres un simple insecto y yo soy un hombre?

— “Sí, un insecto”, empezó a hablar. “Y no debo platicar contigo, más bien debería huir; pero hoy las cosas han cambiado porque tú me has vuelto a la vida. Ahora me podrás oír”.

¡La escuchaba tan claro! Era una voz cascada y ronca, de esas labradas a fuerza de gritar; que cuando la oyes no sabes si viene de dentro o de fuera; si es, o no tu voz.

— “Humm. . .”, continuó. “Yo sabía que lo iba a encontrar, lo sabía. Tanto tiempo. . . Pero hoy, al fin un hombre no me persigue y corretea buscando matarme. Tanto tiempo huyendo del D.D.T. Lo he encontrado y nos entendemos. Ahora que ya no podía correr y huir. . .

“¿Ves, amigo? Por eso me escuchas aunque sea una repugnante cucaracha; porque hoy me viste con ojos diferentes, porque hoy me descubriste en tu misma condición”.

— ¿Amigo? ¿Cómo que tu amigo?, inquirí nervioso. Y ese temor que a veces se siente ante alguien desconocido, pasó a ser misterio, de esos suaves que dejamos penetrar hasta lo más profundo.

— “Lo sabía. ¿Cómo pude pensar que había perdido todo? ¿Sabes? Hasta hoy todos los hombres habían sido enemigos; y no tanto porque yo lo quisiera, ya que trataba de que no se me viera, me escondía en las alcantarillas, salía por las noches, buscaba alimento en los rincones apartados; que recuerde, nunca los atacué. Parecía que mi pura vista causaba horror, que era maldita de los hombres por mi apariencia. Pero eso fue hasta hoy que sentí esa brisa tibia”.

• • •

¡Bueno! Ya es hora de que empiece a contarles la verdadera historia; porque ésta no es una historia mía, ahora es diferente: es la narración de un amigo feliz, que estaba sobre una hoja en mi mano.

## II

— “Todo empezó en una tormenta como la que acaba de pasar. Yo estaba con unos amigos, bueno, pensaba que eran amigos, en un gran tubo de drenaje. Habíamos estado almacenando provisiones para luego darnos una comilona; eso lo hacíamos seguido y nos mantenía ocupados; aunque la verdad, no me quitaba el tedio ni la repugnancia de vivir en la obscuridad día tras día, perseguido la mayoría de las veces. Estando ahí reunidos dispuestos a devorar todo, empezó la tormenta. Al principio no nos preocupó. Pero ya cuando acordamos el nivel del agua subía demasiado rápido y en instantes estaba al borde del agujero.

“Después vi cómo se empezaron a pelear; sí, a pelear para tomar la mayor parte y huir; yo les gritaba que permaneciéramos unidos aunque se perdiera la comida, porque lo importante era sobrevivir. No oían; se golpeaban arrebatándose las provisiones. La corriente nos arrastró, a ellos agarrados de sus pedazos de comida; a mí, golpeándome contra las paredes. Era la más violenta que me había tocado; logré asirme en una unión del tubo y comencé a subir muy lentamente para no ser acarreado. Logré salir; todavía tenía muchas fuerzas”.

“¡Oye!, se interrumpió. Perdona: ¿no te estoy aburriendo?”

— No, ¡claro que no! Creo que grité, ya que una señora se acercó y me observó horrorizada por ver al insecto en mi mano.

— “¡Tira eso!, ¿cómo tomas a ese animal en la mano? ¡Estás loco!”, me chilló. Estuve a punto de decirle que estábamos platicando, pero, ¿para qué?, esas gentes no lo podían oír. Me senté en mi pequeño refugio.

— “¿No te digo?, continuó. Sólo ven las apariencias y por ellas caminan y hablan, no les importa lo que hay detrás de ellas. . . De ésa logré salir, pero estaba solo de nuevo.

“Cuando era más joven, tuve un compañero. Corríamos juntos entre las sartenes y las estufas, incluso nos divertía el huir de los hombres y meternos en sus trates, que después lavaban como si estuvieran apestados. Un día no vino. . . Después de un tiempo la vi con otras y ni me reconoció.

“Un año después encontré a otra cucaracha solitaria. Comenzamos a platicar, la escuché y me escuchó. Iniciamos de nuevo la búsqueda diaria de las migajas y de todos los mugreros que comíamos. Le platicaba que me estaba hartando del drenaje, el trastero, de correr y huir siempre. Le decía que no entendía cómo podíamos vivir toda la vida así. Algunas veces estaba de acuerdo, pero creo que nunca me entendió bien. El alguna ocasión llegamos a salir fuera a pleno sol y a subir a las azoteas para ver el cielo azul.

“Un día la encontré envenenada junto con otras. Habían puesto un veneno nuevo al que no estábamos preparadas. Al morir ella, perdí de nuevo el sentido para seguir luchando. Ahora sé que no la llegué a querer mucho; sin embargo, comencé a ver que en esa separación no terminaba todo entre nosotros. . .

“Oye, amigo: ¿no te molestaría que me consiguieras una migaja? De lo contrario, no podré mover ni plegar y desplegar mis alas”.

• • •

Me agarró por sorpresa la interrupción, pero no lo dudé. Salté al instante e hice una covachita donde la podía cargar. No tardé mucho en encontrar algo y volvimos al escalón. Ya me gustaba ese lugar.

Estuve viendo cómo comía; parecía que no podía bien, sólo mordisqueó algo con estilo simpático. Decía que me desconcertó porque mientras me

platicaba estaba recordando las tantas veces que puse insecticidas y de los nuevos, precisamente para acabar con esa peste, y tal vez fui yo quien acabó con su amigo o amiga, como quieran decirle. En fin, yo, quien terminó con esa amistad naciente, y por lo que me estaba dando cuenta, a mi amigo le interesaba mucho esa palabra.

Después descubrí que era toda su vida.

• • •

— “Como te decía, empecé a comprender que no iba a pasar las horas en la obscuridad, perseguido y husmeando por doquier. Si había desaparecido mi amiga, había de haber más, tenía que encontrar una verdadera amistad; tenía que existir. Por supuesto, no sabía que llegaría a ser mi peor enemigo: el hombre. Sólo comenzaba a ver un poco más allá de las alcantarillas, de los gabinetes, de las estufas calientitas.

“Después me pasó con alguien una cosa de la que preferiría no hablar. Esa vez empezamos a compartir, a trabajar. Un día se llevó todo mientras dormía. ¿Ves?, no te quería contar; tú no has de saber mucho de eso porque eres buen amigo”.

¡Glup! Tragué saliva.

— ¿Buen amigo. . ? No pude hacer comentarios, además del nudo en la garganta. ¡Una cucaracha platicándome cómo habían nacido sus más fuertes anhelos!

Continuó hablando con más fuerza:

— “Por aquellos días me fui dando cuenta de que hasta entonces no había encontrado un amigo; bueno, en realidad en ese tiempo no sabía lo que era eso; sólo lo había vislumbrado en momentos, porque estaba en las tinieblas.

“Bien a bien no supe cómo fue que, una mañana, en otro de esos días rutinarios y fríos en que me despertaba y no veía para dónde dar los primeros pasos, decidí dejar el barrio y sus apuestos drenajes y salí por una alcantarilla; pero ahí era peligroso caminar: demasiado movimiento, concreto y neumáticos, muchos hombres por todos lados. Pensé que no avanzaría más de unos cuantos sixtámetros (medida de las cucarachas) por lo que me metí de nuevo y seguí la tubería. Si continuaba cada vez por el más grande, habría de llegar a algún lado. Te confieso que creí que no lo lograría. Fueron cinco días, a pesar de que corría; a cada momento, en las uniones de los tubos, encontraba a los de mi especie, apretujados, matándose unos a otros. Varias veces me persiguieron, en una me alcanzaron y sufrí los primeros golpes y mordiscos por mis semejantes. ¿Sabes lo que es eso? Ni los arácnidos que colgaban del techo lo hacían.

“Oye, ¿por qué te me quedas viendo de esa manera?”

— ¿Ehh? Este. . . ¡ah! Perdón. Que si lo sabía. . .

Yo francamente seguía confundido. ¿Me estaba hablando? ¿Lo estaba pensando yo? A esas alturas ya empezaba a sentir eso que experimentas cuando encuentras a un verdadero amigo; una especie de cosquilleo por querer hablar, saltar, llorar, reír. Se abrían los corazones e inicié también ese dirigirme, sin dudar, a otro; ese estar con el otro.

— Bueno, dije, es que se me hace tan extraño. Pero no te asustes, te estoy escuchando. Verdaderamente es curioso y casi te aseguro que si lo cuento después, me van a juzgar, como lo hicieron hace rato. ¿Sabes?, necesitas tenerme paciencia; los hombres estamos acostumbrados a ver con la cabeza, a querer amar con ideas, el corazón lo escondemos.

Pero, ¡continúa, prosigue amigo!

• • •

Desde entonces lo empecé a llamar así: amigo, y hacía unos cuantos minutos, cuando se lo pregunté, no lo creía.

Lo que pasó después de que le dije la última palabra son de esas cosas que queremos ver, pues si nos lo cuentan no creemos, y a veces ni siquiera viendo. Nunca lo creí posible.

Después de que le dije: *"Prosigue amigo"*, ¡Él!, ese bicho alado café, ese insecto: *SONRIÓ*.

Para creer en verdad, tal vez se necesite más que hablar y ver.

• • •

— "Claro que continuó, falta mucho. Pues esos días oscuros y golpeados acabaron como lo esperaba. No recuerdo qué horas serían, pero sí el final del lóbrego tubo; aquel verdor y su contraste con el azul. Nunca había visto el cielo tan limpio. Los tibios rayos de sol sobre mí, llevándose los últimos vestigios de fétida humedad. De verdad que lo tengo presente, a tal grado que cuando me recogiste y sentí tu vaporcito caliente, creí que era aquel día. Ese fue mi segundo nacimiento.

"Como te dije antes, no supe en realidad qué pasaba; el hecho es que empecé a caminar. Ahí el agua no era entubada ni tan sucia, sino que corría libre entre piedras, rozando los árboles y bañando las hierbas. Eso sí era otra cosa, de las alcantarillas a estar trepando entre roca y pasto, de los edificios de concreto a esos troncos que cargaban verdor.

"¿Has visto todo aquello?". Yo asentí sonriendo.

"Tenías que haberlo visto; continuó, no sé cómo pude durar tanto tiempo en las obscuridades de antes, peleando siempre por lo que todos.

“Al principio batallé mucho, hasta que me enseñé a comer hierbas y a buscar pequeños insectos muertos. Aprendí a esconderme de mis bellos enemigos alados (se oye medio extraño, pero así era); temprano por las mañanas me ponía a escuchar sus cantos, a ver sus colores tan variados y envidiaba cómo cruzaban de un árbol a otro con tal rapidez; claro que más tarde huía de sus picotazos. Con ellos no tuve demasiados problemas, fueron más con las arañas porque ahí sí atacaban.

“Recuerdo aquel medio día; no sé cuántas semanas llevaría caminando. Estaba arriba de una piedra viendo cómo formaba figuras el agua, reflejando los rayos de luz; me pasaba las horas así, contemplando las burbujas; de pronto sentí una presión fortísima en los costados y vi cómo me rodeaban patas; de lo que no quisiera acordarme es de la cosa que tenía detrás, ninguna bomba de flit me había asustado tanto. Era de las arañas más grandes que había visto. En un momento me vi siendo estrangulado por sus múltiples hilillos, como había visto a varios saltamontes; no lo soporté: observé toda mi vida en un instante: ¡toda aquella lucha por salir de las tuberías; toda la pasión que me impulsaba a caminar! Entonces replegué las alas con todas las fuerzas, moví patas, eché pestes. . . No sé cuánto duró aquello.

“Después me encontré libre, saltando por entre las piedras. Corrí hasta donde pude. Al detenerme me di cuenta que había perdido la mitad de una antena, además de una gran cantidad de rasguños por todos lados; ¡ja!, en aquel tiempo me deprimió esa insignificancia. Pero, ¡amigo!, todo pasó; se esfumó la tristeza con el primer paseo que di sobre una burbuja. Me encantó hacer eso, así como dar vueltas con los remolinos. ¡Qué bellos recuerdos!

“Para aquel entonces había mucha más agua, más vida, que cuando empecé a caminar. El río crecía con cada arroyo que le regalaba su corriente. Cada día me encontraba con nuevos bichos, por todos lados y de múltiples colores. Lo único que de verdad lamentaba era el no poder hablar con ellos. Desde que salí del tubo no había encontrado a ningún semejante. Disfrutaba de cada nuevo animal,

planta o musgo, pero empezaba a sentirme solo y la inquietud volvía a nacer en mí, cada vez más fuerte. Recordaba mis viejas supuestas amistades.

“En esos pensamientos estaba cuando una tarde gris me encontré que todo el caudal se dirigía a una ciudad muy grande. Torres, humo, inclusive en un momento la corriente ya estaba sobre cemento. De nuevo a los tubos y alcantarillas, a las gentes y al ruido. De aquella masa de concreto y fierro sólo tengo un recuerdo que vale la pena contarte, ¿quieres oírlo?”

— ¡Oh, claro!, dije. Creo que ya sé a cual ciudad te refieres. Yo tenía ahí un amigo.

— “Ahh. . . ¿Tenías un amigo? ¿Se murió?”

— No. No sé que fue de él, no lo he vuelto a ver.

— “Pero si los amigos no pueden ser y no ser, dijo inquieto. ¿Cómo que tenías y ya no tienes?”

— Sí, contesté, tal vez ni fue mi amigo. Perdónanos, a los hombres nos gusta poseer.

— “Recuerdo cuando dejé esa ciudad y estaba a unos días de camino por el río, que ya no se parecía en nada al pequeño que había comenzado. Me encontré un colega solitario. Era el primero que no vivía en las alcantarillas como los demás; entonces creí haber encontrado un compañero para empezar a andar juntos. Platicamos.

“Él también había salido de las pocilgas; yo le dije que andaba buscando un amigo; se rió. Me dijo que eso no existía entre nosotros. Lo invité río abajo diciéndole que creía que podía existir. Se negó rotundamente. Ya tenía su buena covacha con algunos animalejos y no podía dejarlos. ¿Cómo iba a dejar el trabajo de tantos años? Además, me dijo que quería vivir solo. Yo que me ilusioné pensando que nos entenderíamos.

“Pero te iba a contar de la ciudad, ¿verdad? Estuve buen tiempo ahí, casi me quedaba en los drenajes de por allá. Me encontré una compañera; alcanzamos a platicar mucho y sucedía que estaba harta de todo. Yo le conté de lo que había visto y gustábamos de soñar. Lo raro es que la mayoría de las veces no hacía más que llorar y lamentarse de tener que vivir ahí, de ser cucaracha. . . Y yo que me estaba empezando a sentir orgulloso.

“Cuando la invité a que nos fuéramos de ahí, no se atrevía. Me dijeron que el río continuaba después de la ciudad; no esperé y quise irme con ella, que podía ser mi amiga. No aguantó más de dos días de camino hacia la desembocadura del drenaje. A pesar de que le decía que hiciera lo que realmente deseaba. Perdí otra esperanza de compañía y amistad, incluso comencé a dudar de que pudiera darse ésta entre nosotros. Pero lo que encontré a unos días de camino fue algo que no sé ni cómo contarle, fue algo que me recuperó por completo y me dio otra razón por la cual vivir cada día.

“Sucedió cuando se me ocurrió subir a un árbol, nunca lo había hecho pues me daba miedillo, pero esa tarde lo hice y. . . Al principio me recordó aquel incendio en una casa que de chico casi me chamuscaba: ¡Vi cómo se escondía el sol!, simplemente eso. ¡El cielo se ponía rojo, anaranjado! El sol crecía como queriéndose acercar, las nubes parecían ardiendo. Más arriba estaban los tonos de azul, más oscuros cada vez; miles de tonos, muchísimos que no había visto. ¡Luego todo amarillo y otra vez rojo! Imposible describirlo. No lo había visto antes, y todo por dejar de subir un poco más arriba. . .”

— Así que te gustan, ¿eh?, interrumpí. Pues vamos al techo de ese edificio. Sin darle tiempo de hablar lo envolví y subí las escaleras. Y como lo supuse, en ese momento el sol luchaba por filtrarse entre las nubes, que ya se despedían. Cómo traducir la impresión que nos causó ese gran boquete que se abrió a lo lejos, dejando pasar los rayos de sol, iluminando la tierra y entibiando las gotas que aún pendían de cada hoja.

No habló, se quedó mirando hacia allá. Después supe cuántos pensamientos llegaban de su corazón. . . Esta vez fui yo quien le contó de los colores y los contrastes.

### III

— “Sabía que había algo aún mayor, ¡lo sabía!, rompió el silencio que se había formado. Lo supe después de aquella noche en el agujero del cuarto de esa casa. . .”

Yo, sin darme cuenta, iba dejando entrar algo nuevo a mi corazón. Dicen que es comenzar a querer; en ese momento no lo supe. . . Sólo sé que en aquellos momentos no pensaba que tenía en el papel a una cucaracha; más bien estaba por el río oyendo su melodía; estaba con él, mi amigo, tratando de entender aquel milagro, ése tan cotidiano, que sucede cada atardecer.

— “Bueno, amigo, —volteó con su antena rota—, después del día que descubrí esto fue cuando me encontré a ese colega solitario del que te hablé. No entendí porqué quería vivir solo; nunca pude comprender cómo no siguió conmigo: ¿por su covacha y sus cosas?, ¿por miedo?”

“Pasó el tiempo y yo continuaba río abajo. Tardaba en avanzar cuando llegaba a esos lugares donde sólo caía el río, a veces era como una pared muy alta por donde resbalaba el agua”.

— Cascadas, interrumpí.

— “Ah. . . cascadas. Lo bueno era que bajo cada cascada hacía más calor; por las noches ya no tenía frío.

“Te confieso, amigo, que en muchos de aquellos días dudé de todo. ¿Qué estaba haciendo allá, indigestándome comiendo hierbas? Había veces que se me oscurecía todo: no hallaba comida, me asediaban los animales mayores, como

aquella culebra de la que no supe ni cómo escapé. En muchos ratos ya quería quedarme ahí: sobre una piedra y que me chamuscara el sol, o que me destrozara un pájaro. Incontables noches lloraba y tenía miedo.

“Perdóname, pero es que créeme: veía tan largo el curso de las aguas. No distinguía dónde terminaba, aun subido a un árbol. ¿Qué cobarde, verdad?”

— ¡¿Cobarde?!!!, grité. ¿Se podía llamar cobardía a todo aquello? Yo también, le dije, desde chico he conocido a muchos de mi clase. ¿Sabes?, hasta antes de la tormenta había olvidado de nuevo pensar en amigos; me olvidaba por las prisas y la rutina diaria; por las innumerables pequeñeces y urgencias por hacer. He tratado de buscar también a los de mi clase, como tú. Tal vez el error está aquí: si estás arriba, buscas ahí; si estás abajo, buscas en los que viven abajo solamente. . .

— “¡Pero, —me interrumpió—, yo creía que así eran sólo los de mi especie! Sin embargo, hoy, arriba de aquella alcantarilla yo estaba muy por debajo de tus pies, y si no te hubiera visto, en ese momento me hubiera dado lo mismo. No eras más que otro hombre, otro enemigo, y yo sólo un insecto que había logrado sobrevivir de nuevo; sin embargo, ahora han cambiado las cosas, ya no nos vemos como hombre e insecto; ahora somos de la misma especie”.

— Sí, interrumpí. Ahora somos amigos. . .

Aquello merecía algo y fui a comprar dulces, los que, de camino a casa, compartimos.

— Oye, ¿y qué pasó después?, le pregunté inquieto.

— “Ahh. . . El día que llegué a esa gran cascada y miré hacia el horizonte. . .

• • •

No sé si deba seguir. Mi mano tiembla y se resiste porque sabe que las palabras son pobres y engañan. Cuando crees que escribiste lo que querías decir, te encuentras con que no hay en el papel ni la décima parte.

Los que no quieran creer, sepan que hay un testigo que trata de escribir y que nada ni nadie puede borrar: la amistad; ella les sabrá decir, si la conocen. . .

• • •

“Aquella mañana vi que el río ya no seguía adelante por mucho tiempo, sino que, allá abajo, formaba una gran boca que se abría para después. . .

“¡Amigo! Ya no continuaba; había llegado. Ahí donde el río se confundía y desaparecía, vi una gran inmensidad que alcanzaba hasta donde podía ver, confundiéndose al fin con el cielo en un mismo azul. Me atrajo, y deseé continuar; tal vez podría tocar el cielo; tal vez subir y ver el campo, el río, todo, desde arriba.

“Eso pensé aquella mañana. También vi una larguísima línea blanca donde se unía el río y la inmensidad. No te puedo expresar lo que sentía; sólo sé que desde ese día mis dudas fueron desapareciendo. Había visto que se podía llegar más allá; de la línea blanca, del horizonte, tal vez.

“Después todo se fue rápido, casi sin darme cuenta: Las horas pasadas en esa ciudad al lado del mar, como le decían. Incluso los días que creí interminables sobre la cosa flotante.

“Lo que creí que era una línea blanca, eran miles y millones de piedras, muy chicas, del tamaño de esta pata. Se extendían iguales formando montañas, como deteniendo, como protegiendo la tierra de esa inmensidad; ¡y no era más que agua!, que parecía rasguñar con sus brazos que explotaban cubriéndose de blanco.

“No sé cuánto duré ahí. Cuando acordé, estaba empapado por la lluvia de gotitas que se desprendían. ¡Por fin esa brisa con agua no me intoxicaba!

“Sí, todo cambió. Y esos días que pasé en esa ciudad se me hicieron nada. Recuerdo que a todos los que veía les platicaba de lo que había encontrado, pero se reían; continuaban huyendo de los zapatazos, de las bombas de insecticida, y de ellos mismos. Ahí también se peleaban por sus húmedas y enmohecidas migajas. Se rieron. . . Les parecía tan común.

“Cuando descubrí esas cosas flotantes y vi que se dirigían hacia aquella parte donde se confundían el mar y el cielo, sin dudar subí, encaramándome por una cuerda.

“¡No! Ya no quería esperar sobre una piedra para ver qué pasaba. No me cansaba de andar buscando agujeros, porque, ahí era más difícil hallar recovecos; todo, o casi todo, era de metal muy compacto. Claro que también encontré colegas; pero en realidad nunca me aceptaron, decían que no era uno de ellos. Tantas veces me juzgaron por salir en las tardes para subir al palo más alto. Recuerdo tantas tardes, amigo. . .”, se interrumpió.

— ¡Habla, habla! Cuéntame todo, supliqué.

Para esto ya estábamos en el jardín de mi casa. Tuve que escurrirme para no ser visto. Viven diciéndome que las noches son para dormir, cuando las estrellas son para verse.

— “Sí, tantas tardes sobre ese palo. La inmensidad me tenía rodeado por todas partes: agua y vida, en el horizonte: cielo. Allá se pintaba todo de rojo; el sol se alargaba formando un camino que llegaba hasta nosotros. Se dormía de tan diferentes maneras. Por eso a diario salía, pasara lo que pasara; bueno, excepto en las tormentas. Cada nuevo atardecer lo veía diferente, lo que hacía cada día especial”.

---

Cuando me decía esto temblaba, palpitándome el corazón más que siempre. Esto era nuevo para mí, nunca había subido a un barco (le expliqué que se llamaban barcos). Con sus palabras me estaba abriendo nuevos horizontes, haciéndome vivir eso por primera vez.

—“Sí, amigo, desde que descubrí el mar y lo fui conociendo, —continuó con tono de seguridad—, empezó a ser mi amigo. Y ahora te digo: el mar es mi amigo también. Me enseñó mucho. ¿Sabías que el mar enseña mucho? Pero, espera, eso fue antes de la tarde que subí a un poste. . .

“Día con día me reafirmaba más. Porque aquél que era sólo un sueño, una inquietud bajo las alcantarillas, se iba vislumbrando. No era inútil; nada de lo que había pasado era inservible o malo. Y a pesar de que seguía sin ver dónde se unía el cielo con el horizonte, esperé. . .”

• • •

Ya había dicho antes que ésta no era una historia mía; sino la de un amigo que tenía sobre una hoja y que me la estaba contando. Pero sigo dudando de revelar todo esto. Quisiera repetir que lo que sigue es sólo para aquéllos que han sido amigos, . . . que se piensan. Muchos dirán: “Es sólo un cuento”. Pasará sobre todo con los grandes, que creen que tienen experiencia y que saben de todo. Pocas veces saben de un amigo, pues están muy ocupados.

Sin embargo, algunos me creerán: aquéllos que saben saborear una ardiente tarde con un amigo; aquéllos que no desprecian las pequeñeces, que no ven apariencias: los niños, que saben descubrir amigos en todo. Por todos éstos, sigo escribiendo.

## IV

—“Y esperé. . . Hasta que vi algo. No precisamente esa unión de azules; fue otra tierra. Pasé muchos días caminando, pues todo era nuevo. Las casas eran diferentes, los hombres también; hasta mi especie tenía algo de rara. Incluso me fue difícil entenderme con ellos. Al principio yo era la novedad, después se acostumbraron, como gustan de hacerlo con todo, y las preguntas cesaron.

“También ahí viven en la obscuridad, en la peste de las tuberías subterráneas; viviendo por lo mismo: porque sí. Peleando por lo de siempre: tener más pedazos y almacenar. No tardé en salir de esa ciudad. Como te dije, ya no dudaba, algo muy dentro me impulsaba a caminar.

“Sí, tenía que haber llegado ese día; el momento que pensé que todo mi insectífero cuerpo y ser había esperado. Empezó a brotar algo hacia el sol. Claro que al principio ni me lo imaginé. No supe lo que iba a llegar a ser aquella subida al poste.

“Todo sucedió cuando me puse a seguir el curso de un riachuelo, descubriendo cada nueva planta, cada nuevo animalejo. En uno de esos días encontré un clarito donde había un charco que formaba el arroyo; había ahí bastantes bichos y hasta encontré un agujero. A pesar de todo me seguían gustando; ha de ser por naturaleza. Estuve varios días.

“Y una tarde, cuando buscaba alguna piedra para ver el sol, descubrí algo en un poste cercano; alguien iba subiendo pausadamente. Esa tarde no le di demasiada importancia, ya que pensé que sería otro animal que vivía en esos palos de madera. Al día siguiente, ya tarde por la mañana, cuando andaba en la ya

común búsqueda de algún musgo bueno, recordé el atardecer, el poste, y volteeé hacia allá. . . Al principio no logré distinguir nada; sin embargo, me puse a revisarlo todo, descubriendo después que alguien comenzaba el descenso, lo seguí con la mirada.

“Transcurrió el tiempo y no sin una creciente curiosidad mezclada con nervios. Por la tarde estuve viendo hacia el poste de nuevo; esperé bastante, pero al fin distinguí a ese bicho. Subió. Después, ningún movimiento. Me puso más nervioso, aumentando cuando a la mañana siguiente se repitió lo del día anterior. Mis nervios se volvieron inquietud y curiosidad. Todas las horas estuve pensando qué ocurría.

“Pues de esos impulsos que no sabes de dónde te vienen, esa tarde, después de ver subir eso de nuevo, yo ya estaba al pie del poste. Recuerdo que lo vi altísimo, además de que todo me temblaba; así comencé el ascenso. ¡Sabe cuánto tiempo haría! Y cuántas paradas e intentos de bajar habría hecho. Cuando el cielo se pintaba de amarillo, yo ya estaba a dos antenas de la punta, unos cuantos sextámetros y estaría arriba. Los nervios me invadieron a pesar de que mis antenas no olfatearon peligro. Sería el presentimiento.

“Primero asomé las antenas. Nada. Después había que dar el paso, ¡quién sabe cuántas veces conté hasta tres! Todo me temblaba: ora las patas, ora las alas; tanto que casi resbalé. En una de esas: ¡pas!, di el paso. . . La tenía frente a mí.

“Amigo, no era más que otra cucaracha, sólo que más clara y con algunos rasgos de los de por allá. Al verme se puso de un salto de frente; yo acabé de subir sin poder decir palabras. Así quedamos un rato: con la vista fija el uno en el otro, que, ahora veo, fue el inicio de un final de tanto caminar.

— “¿Ya viste aquel rojo y cómo se va combinando con ese amarillo?”, comenzó diciendo acompañando sus palabras con una sonrisa.

“Volteamos hacia donde señalaba. Estuvimos ahí, viendo juntos hacia la misma dirección. ¡Sí, amigo hombre! Yo pensé que iba a llegar adonde se unía el mar y el cielo; fue eso y mucho más. Fue el momento que me encontré a alguien que vas sintiendo que eres tú mismo; alguien con quien te atreves y empiezas a ser totalmente tú.

“Por fin estaba con quien gustaba de subir para ver el sol; y no sólo eso, pues al oscurecer me fue mostrando cada estrella que salía y las figuras que encontraba. Había bastado un rozón de antenas, esa sonrisa, aquellos instantes observando ambos el mismo sol”.

Se interrumpió. Observando las estrellas me dijo, en un susurro, que no sabía expresarlo. Ahora me toca a mí intentar plasmar la amistad, y también le digo a quien quiera tener amigos: ser amigo, no es teoría, ni fórmula, no se habla: se experimenta. . .

— “Sí, continuó, esa noche yo le platicué de dónde venía. Ella también venía de lejos. Comencé desde el principio, así como contigo, por eso me viste feliz. Le hablé de mis otros encuentros, de la salida del tubo, del descubrimiento del atardecer, de la mañana que vi el mar, de. . .

“Recuerdo que en un momento me interrumpió diciendo:

— “¿Viste eso?” Yo no había visto nada. Entonces fue cuando me enseñó a ver estrellas fugaces. . .

“Así nos pasamos la noche, jugando a encontrarlas. Esa noche cambió toda mi vida.

“¡Ah!, pero cuando me mostró porqué se quedaba hasta en la mañana. . . ¡El sol se despertaba! Y con unos colores mucho más majestuosos; con unas nubes que ni en el mar había visto. Ella, desde entonces mi amiga, me mostró lo que era un amanecer; ver cómo se entibiaba y recobraba vida todo, ver cómo se evaporaba

el rocío de la madrugada. ¡Aquella vez fui testigo del nacimiento de otro día! De ahí en adelante cada noche era esperar la luz con una amiga.

“¡Sí!, me enseñó por primera vez el despertar del día; pero fue más el nacimiento de nuestra amistad. Fue el amanecer de otra vida, fue el culmen de aquel segundo nacimiento que tuve al salir del tubo al río

“Esa noche vi por primera vez una estrella fugaz. Y me contó que venía de donde salía el sol. Ella no había seguido el curso de un río como yo; me dijo que quiso seguir el rumbo del sol. Pensó que debía de haber algo muy grande pues a él le gustaba dormir allá”.

Así siguió hablándome de ese encuentro en el poste; y yo iba sintiendo, cada vez con más ganas, esa curiosidad de saber qué pasaba con el amigo. Algo dentro de mí se estaba transformando. Mañana lo llevaría al río, pensé. A la cascada que conocía tan bien, aquélla donde en las noches de luna me gustaba hacer fogatas y ver cómo se iluminaban de naranja los chorros de agua. Sí, veríamos mucho juntos. Eso pensaba mientras me contaba.

“Estuvimos buen tiempo en ese lugar. El agujero lo hicimos más grande, incluso otros animales lo llegaron a compartir. Durante el día caminábamos en busca del alimento; yo le enseñaba a comer hierbas; claro que ahí debía de tener más cuidado porque había muchas nuevas para mí.

“Le costó trabajo ese cambio de alimento. Los primeros días estuvo enferma varias veces, pues nunca había comido vegetales. A lo más que había llegado era a algunos bichitos muertos. Me decía que muy seguido encontraba qué comer y que no eran cosas muy diferentes a las que había en su ciudad.

“Cuando le pregunté que desde cuándo veía los atardeceres, me dijo que desde que estaba en aquellos drenajes con los suyos; fue parecido. Un día, harta de los insecticidas, salió fuera, y estuvo buen tiempo haciéndolo hasta que una tarde se tiñó de rojo llamándole la atención. . .

“Creo que el amanecer lo descubrió después de que decidió seguir al sol. Pensó que cualquier cosa de fuera no podía ser peor que andar por las obscuridades; durmiendo lo más cerca de la chimenea en invierno; huyendo a todas horas, si no de los hombres, de sus semejantes. Claro, empezaron a verla rara y no tardaron en dejarla sola.

“Francamente no acabaría de contarte tanto que hablamos; aunque muy seguido sobraban las palabras; bastaba una mirada, un gesto o una lágrima; y a veces, ni siquiera eso, pues nos presentíamos y adivinábamos lo del corazón. Íbamos conociéndonos, sintiéndonos más unidos; experimentando esa dulce dependencia, esa bella sensación de ser poseído por quien vas queriendo.

“¡Existía la amistad entre nosotros!”

# V

— “En ese mismo lugar seguimos el curso de la luna, desde que era una delgada sonrisa, hasta las noches en que todo era plateado y el arroyo parecía un zigzagueante hilo de luz. ¡No sabes la alegría con que pasamos esos días, amigo!”

No, no lo sabía bien; pero empezaba a comprenderlo. Encontrar algo para lo cual había caminado tanto tiempo, ¡ya lo creo que sería alegría! Y eso no se podía quedar sólo con ellos. Fue cuando me dijo que después de estar buen tiempo ahí y que vivían el uno para el otro, pensaron en ir a la ciudad y decirles a todos lo que habían encontrado; decirles que era posible dejar de vivir en las tinieblas, en los pozos; que si tenían un amigo podían descubrir mucho y sólo así encontrarse.

“. . . Nos dirigimos hacia la ciudad; queríamos decirles a todos lo que estábamos viviendo. Desde que pensamos en eso, sentíamos que nuestro corazón se llenaba aún más y nos impulsaba a correr. En camino a la ciudad todo tenía un sentido, ya no nos dirigíamos sólo hacia adelante; entonces cada paso, cada animal que saludábamos, cada corriente entre las piedras, significaba mucho más, era un nuevo impulso para seguir viendo a las nuestras, hablarles y mostrarles que se podía ser amigos. Días de inquietante caminar.

“Desgraciadamente en la ciudad no fue lo mismo. Pensamos que todos nos irían a escuchar. Nos metíamos en todos los drenajes posibles, en muchas casas, las más pobladas. Nos llovió de todo; unas veces nos corrían por ser extranjeros y decían que no éramos de los de ellos; otras nos criticaban y nos juzgaban de locos, anormales y demás. ¡No les cabía que se pudiera ser libre! Era muy peligroso. ¡Imagínate toda la vida en la obscuridad! Otras veces que nos repudiaban era más

o menos como allá en el escalón, que te gritaron porque estabas conmigo. En días llegaban a extremos, que nos hacían perder pisada y sentirnos muy solos. Lloramos juntos.

“Oye, francamente no sabía que los hombres también se criticaban”.

— Humm . . . amigo, le dije. No sabes muchas cosas de nosotros porque nunca nos hablaste, hasta hace rato. No sabes cuántas veces les he tratado de enseñar a muchos lo que tenía entre mis manos o lo que sentía; les he mostrado una puesta de sol y es como si vieran un edificio o un carro; o les ponía una pieza de música; les mostraba cada belleza de la naturaleza, y como si nada sucediera. Muchos hombres estamos ciegos y sordos.

Tal vez tú no hayas oído música, ¿verdad?; ¡bueno!, más que la de los pájaros, claro. . .

— “Y la del río, y la del mar, la del arroyo; la del viento y la tormenta. . .”, se apresuró a decir.

— Sí, claro, interrumpí deseando no haber dicho lo anterior. De cualquier manera al rato te enseñe otra que te gustará. ¿Sabes otra cosa? Los hombres también nos peleamos y matamos, y tal vez peor, porque aparte de matarnos por comida, muchas veces lo hacemos por odio. También nosotros, los de nuestra misma especie y carne, nos destruimos.

— “Como allá en los resumideros. . . , habló en tono triste. En aquella ciudad también vimos cómo se mataban, ¡habiendo tanto lugar en los arroyos! Pero no, nos decían que ahí era su lugar y que no podían salir, que era la vida de las cucarachas ya que ahí habían nacido. . . ”

— ¿Así es que por haber nacido en los resumideros tenían que quedarse ahí? ¡Y te decían que era su lugar y su vida! Curioso. . . Muchas veces he visto y oído esto por acá.

—“Sí, continuó, así era. Inclusive una vez nos agarraron porque empezamos a alborotar a algunas y nos querían matar. Alegaban que muchas se habían dejado matar por nuestra culpa, saliendo a la calle. Afortunadamente de ésa salimos más o menos bien, sólo un poco mareados, gracias a una emergencia, a causa de una *“Operación Baygón”*, como la llamaban, que habían iniciado los habitantes del edificio donde nos encontrábamos.

“No creas que siempre fue así. Encontramos también a muchas colegas que venían a platicarnos, y era lo mismo: su vida sin sentido en la humedad, su rutina falta de toda pasión, las estaba matando. Cuando salían al calor del sol y veían el agua pura que les mostrábamos, cambiaban. Cuando les hablábamos de amistad, traían a su compañera. ¡Sí, amigo! Hubo muchos que salieron fuera; y no sólo fuera del hediondo lugar donde habitaban, sino que salían de ellos mismos, dejaban de acaparar, compartiendo. . . Incluyéndonos a nosotros, todos fuimos aprendiendo que eso era amistad de verdad: ya no estar siempre bajo tus alas y tu caparazón, sino salir. . .

“Unas tardes en esa ciudad íbamos al parque; mi amiga me enseñó lo que era revolcarse entre los pétalos de una rosa. Recuerdo perfectamente esos problemas para subir el tallo por entre las espinas. ¡Ah!, pero lo que había arriba, ese perfume. . . Valía la pena todos los piquetazos que nos dábamos. Imagínate la diferencia de revolcarte sobre pétalos y estambres a hurgar desesperadamente en la basura. Fue la vida que encontré con una amiga que estaba sobre un poste; ella me enseñó a percibir las flores”.

• • •

¡Ajá!, pensé, ¿cuánto le habría enseñado? Lo suficiente para haber cambiado toda su vida y horizonte, que ya no eran los tubos de drenaje y los gabinetes, sino algo más allá del mar y del amanecer. Cada vez lo oía hablar con más pasión. No me estaba hablando de una ciudad ni de las flores, sino de una amistad que estaba transformando, ya no sólo la vida de ellos, sino la de muchos

más. ¡Estaba hablando de algo que estaba transformando el corazón de un hombre! ¡Ja! . . . y era sólo un insecto.

Por eso les repito, que esto es sólo para aquéllos a quienes no les importan las apariencias, para aquéllos que han hablado con las flores, con un amigo; o han tenido en las manos a un bicho cualquiera, le han platicado y lo han escuchado.

• • •

“Recuerdo también esa mañana que volamos como nunca, —prosiguió tan de prisa esta vez, que se tragaba las palabras—. Encontramos una casa con un gran jardín, en el cual tenían sembradas flores por doquier; pues para pronto nos subimos a unos claveles. No disfrutamos mucho entre los pétalos porque salimos disparados por el aire; nos habían descubierto sobre su flor dándole una sacudida tremenda. Gracias al impulso, caímos lejos y escapamos. Nadie nos quitó el olor a clavel por ese día. Ni los hombres que se creían dueños de las flores”.

Así es, amigos. Todo esto me lo platicaba mientras estábamos en el patio de la casa, con un techo de estrellas. Y le hablé de mis amigos, que desde chico los buscaba. Le comenté de cómo, a pesar de que muchos no me escuchaban, yo había pasado larguísimas horas frente a un ocaso, con un amigo, o caminando por entre las flores con amigas. Le platiqué cómo los había encontrado, siempre de sorpresa, sutilmente, sin razonar. Él sonreía.

“Como te iba diciendo, nadie nos quitaba las revolcadas entre los pétalos. Ese tiempo en la ciudad es inolvidable; y aunque hubo muchos problemas, cada día había más amigos.

“Una mañana mientras contemplábamos un nuevo amanecer, se me ocurrió que debía regresar a mi tierra así como habíamos ido hacia la ciudad; y decirles que aquel gran tubo se acababa en un río, donde comenzaba otro. . . Se lo dije. Lo aceptó con la bondad de siempre, ésa que me desarmaba totalmente.

“Y así fue que dejamos esa ciudad y tomamos el rumbo del sol, hacia aquella inmensidad que se adornaba con un collar blanco. No tardamos mucho, pues llevábamos esa fuerza que nos hacía felices; cada día comenzaba con un bellissimo contraste de rosas y azul, que por más cansados que estuviéramos, nos reanimaba.

“Antes de subir a un barco, caminamos varios días por esos montes de pequeñas piedras al lado de las montañas azules y verdes que tronaban. Un día se nos ocurrió meternos al mar, pensamos que sería lo mismo pasear sobre esas burbujas blanquísimas que en las del arroyo; pero, casi no lo contamos; éstas eran demasiado grandes y arrastraban mar adentro.

“Para entonces pensamos ya no separarnos nunca; hicimos planes para muchas ciudades y muchas caminatas. Yo quería tenerla siempre a mi lado. Pero...”

Fue cuando caí en la cuenta de que algo había faltado en la tarde, alguien estaba faltando. Después de la tormenta salió solo de la alcantarilla. ¿Dónde estaba su amiga? Tal vez tendría algo que ver con ese dolor y pasión con que lo vi salir.

“Por fin subimos a un gran barco. Nos la pasamos bien. Entonces ya no subía solo a lo más alto a ver el atardecer. Por las mañanas veíamos cómo se despertaba el sol; mas no sé a qué se debiera, pero en el transcurso de los días, mientras veía esas nubes rosadas de cada nuevo día, fue entrando en mi corazón un sentimiento, una inquietud, parecida a la que había tenido anteriormente.

“No te la sé describir bien. Cada vez que me quedaba horas viendo esa inmensidad de agua y ese azul, pensaba que debía haber algo más, algo más grande. No sólo a mí me pasaba, sino a los dos. No me explicaba qué sentía, si estábamos tan felices y con tantos planes. ¿Sabes?, ahora pienso que tal vez ella sí lo sabía.

“No sé. Ella intuía muchas cosas; yo quería entenderlas sin lograrlo. Tal vez tanto tiempo de pensar y sentir frente al sol.

“Ahí sobraba el tiempo para platicar, ya que no era difícil conseguir comida, además de que no había mucho a dónde ir. Mientras más pasaban las horas, me daba cuenta que me faltaba conocerla muchísimo; veía cada vez más lo inmenso y profundo de su corazón. Me platicó sus años de infancia, cuando iba aprendiendo todo lo que hacían los demás, y no le llenaba.

“Por fin un día vimos tierra. Queríamos estar abajo aún antes de llegar; estar bajo los pisos de las casas; por las tuberías, en los recovecos y pocilgas donde vivían nuestras semejantes. Queríamos hacer muchas cosas. . .

“Llegamos a una ciudad al lado del mar, y supimos que para llegar acá faltaba otra más. Sólo estuvimos dos días. Recuerdo que le empecé a enseñar todo lo nuevo para ella. La otra ciudad no estaba muy lejos y llegamos después de haber recorrido un gran campo donde le fui mostrando las mejores plantas comestibles que había descubierto, así como tanta variedad de animales que conocía.

“Sí; pero no sabíamos exactamente hacia dónde nos dirigíamos. Pensamos que sería una ciudad grande donde podríamos hallar a muchos para hablarles y mostrarles la salida.

“Bueno, en realidad así sucedió los primeros días. En partes nos corrían; en otras ya no éramos dos los que salíamos fuera, sino cinco, diez. . . Empezamos primero como un juego, que era compartir y olvidarse de pelear; era salir al sol y buscar amigos. Ya habíamos aprendido que para encontrar amigos había que abrirse y salir del cascarón en que nos protegemos.

“Estábamos en pleno apogeo, cada día pensábamos que nuestra amistad llegaba a lo máximo. También pensamos que al llegar aquí, donde nos

quedaríamos más tiempo, tendríamos muchos huevecitos, y a cada uno le iríamos enseñando todo.

“Tuvimos muchos días malos; incluso hubo unos en que nos distanciábamos, la mayoría de las veces por pensar en nosotros mismos. A veces se ponían tan difíciles las cosas, que nos tambaleábamos, ¿por qué?, no te lo he de decir.

“Pero pasaban, y seguíamos adelante aunque en ratos no veíamos más que obscuridad. Sí, hombre amigo, también hubo esos ratos; no los creía importantes hasta esa noche, en aquella casa en que todo fue tinieblas. . .

“¡No! No quiero recordarlo. Ese día nos habíamos divertido mucho corriendo en una casa medio sola. Anduvimos por los platos jugando escondidas, en la despensa a ver quién llegaba primero al azúcar. Nos metimos a todos los gabinetes posibles.

“Pero, ya en la noche. . . ¡Fue un solo error! Amigo: nos confiamos. Estábamos corriendo por el piso cuando de pronto prendieron la luz del cuarto; y el grito de siempre: ¡¡cucarachas!! Nosotros no tuvimos más que dirigirnos al agujero que teníamos más cercano. ¿Para qué recordar. . .?”

Quando me dijo esto último, su voz le temblaba y se empezó a mover desesperado; algo le estaba pasando que no acerté a comprender en ese momento. Luego continuó:

“Amigo hombre: no quiero recordar, porque fue uno de ustedes. ¡Pensé que los odiaría para siempre! Era una señora que nos había descubierto. Empezamos a correr lo más posible, uno detrás de otro. . . Pero estábamos lejos, yo todavía veía el agujero muy distante, cuando. . . cuando la señora estaba ya sobre nosotros; error. . . mi amiga iba tras de mí. Sólo quedaba correr, pensé yo. ¡Estaba demasiado cerca el zapatazo! Morir así cuando nos faltaba tanto por hacer; me consolé pensando que estábamos juntos. . . Eso pensé, ¡el estúpido de mí!

“De pronto, y mientras seguía corriendo, oí un grito muy fuerte, volteé: un zapatazo, un tronido. . . muy leve, muy leve.

“Amigo, amigo, ¡ella se le había tratado de subir a la señora mientras yo corría!, y ésta, con el susto, perdió el tiempo en quitársela de encima y matarla mientras yo alcanzaba el agujero. . . ¿comprendes? Yo que pensé que venía detrás de mí”.

Es eso, mi amigo sobre el papel lanzó un grito, como no lo había hecho hasta entonces:

“¡Mi amiga ahí aplastada contra el suelo, para que yo encontrara refugio y viviera!”

¿Qué se siente ver morir a quien más amas, a un amigo, para que tú vivas? ¿Alguien de ustedes lo sabe? Quien lea esto póngase a pensar en el dolor del amigo. . .

Y de ese bicho café que tenía en mis manos, de esa cucaracha, simple insecto, ¡vi brotar lágrimas! Mi amigo estaba llorando de nuevo, y yo con él.

Encuentren un verdadero amigo y tal vez entiendan, cuando ya no lo vean.

“En ese momento, continuó, pensé dirigirme hacia allá y esperar el otro zapatazo. Todo se oscureció. Dudé mucho. Minutos, horas; no supe. Creo que aquella inquietud, esa nostalgia que había nacido en ambos cuando cruzamos el mar, fue la que, finalmente, me hizo permanecer en el agujero, esperando verla, buscando un movimiento de esperanza. Fue inútil. Pronto estaba en un cesto de basura, como si fuera cualquiera.

“Yo que pensaba que teníamos que hacer muchas cosas, cuando lo que valía era lo que traíamos dentro. . . ¿Que quise tenerla para siempre?, ¿que estuviera a mi lado todo el tiempo?, ¡es cierto! Nosotros que habíamos hecho tantos planes. . .

“Mi amiga se fue, como las otras; como aquélla que murió envenenada. Sin embargo, di los primeros pasos pues ella estaba afuera, en el brillo de la luna, como dentro de mí para siempre.

“La insatisfacción la seguía sintiendo; esa vez mucho más fuerte. Había algo más grande, tenía que haber algo, una amistad, alguien. . .”

• • •

Desde ese momento no supe si sus lágrimas eran de tristeza o de alegría; en verdad no noté el cambio, si lo hubo, o si lo hay. Pero vi cómo fue comprendiendo que su amistad no había quedado ahí en el suelo. Me estaba enseñando que la muerte no destruye la amistad; antes bien, ¡la fundía dentro!

Después me dijo que mientras andaba errante por esa ciudad, tratando de ver, fue volviendo esa fuerza que lo había impulsado; esas ansias de caminar de nuevo. Me dijo cómo fue sintiendo la presencia de su amiga cada vez más. Me contó que por su amistad volvió a luchar, experimentando una felicidad nueva; sí, me dijo que era diferente, mucho más profunda.

Cuando más planes tenían, que pensaban que vivían plenamente, deseaba quedarse con ella para siempre. ¿Por qué? ¿Que habrá querido poseerla, siendo que ella tenía puesta su mirada más allá del horizonte y el sol?

Tenía razón mi amigo. Probablemente ella intuía que había algo más que ellos dos y que todos.

Siempre estuvieron insatisfechos.

## VI

“Hombre amigo: algo brotaba en mí de nuevo, como un tallo verde con profundas raíces, y salí de esa ciudad. Volví a sentir la profundidad de cada amanecer y me daba fuerzas otra vez. Quería regresar a mi ciudad como habíamos pensado. ¡Tenía tanto que mostrarles a todos los que vivían conmigo!

“Así llegué pronto hasta aquí, mi ciudad natal. ¿Hacia cuánto que había salido? No sé. Parecían largos años y parecía ayer. Vi el tubo de drenaje que llegaba al río y entré. Los nervios me invadían. Entré con ganas de gritar lo que traía tan dentro.

“Recorrí las mismas tuberías, las alcantarillas de antaño, los resumideros, los gabinetes. . .

“Había muchos nuevos; los míos no me quisieron reconocer. Yo empezaba a hablar de mi amiga y de allá. . . ¡Ja!, no me lo esperaba: me golpearon en todos lados, me corrieron de todas las guaridas, no me creyeron. ¿Sabes qué es eso, amigo?, en mi ciudad, ¡cuando tenía tanto que contarles!

“Empecé a perder el ánimo por todo, me comencé a sentir solo de nuevo. Entonces, por las noches, subía llorando para dormir en las azoteas, buscando ver una estrella fugaz, donde encontrara a mi amiga.

“Hasta. . . hasta esta tarde, continuó con voz suave. Hasta esta tormenta que me agarró en los tubos de drenaje mientras recorría sus paredes con desaliento. Me agarró la corriente como nunca, para volver a ser arrastrado; al principio me dejé llevar, ¿qué más daba?, pero empecé a sentirme ahogado, pensé que ahí

acababa definitivamente todo, que todo se había perdido, ¿recuerdas que te lo mencioné? Mas algo comenzó a luchar de nuevo. ¡Bueno!, pensé, ¿qué más daba intentar usar las últimas fuerzas para no morir ahogado?

“Eso pensé, cuando salí con un gran chorro de agua por una alcantarilla y logré asirme a la pared. Di los últimos pasos para lograr subir un poco y salir del agua. Fue un rato después cuando comprendí toda aquella inquietud por seguir caminando y luchando. Lo comprendí cuando caí sobre una hoja y recibí un aliento tibio.

“¡Un hombre me había recogido, cuando ahora sí me creía débil! Había encontrado algo que era mucho más grande: en ese momento, un hombre comenzaba a ser mi amigo”.

• • •

¡Suficiente! ¡Basta! No puedo escribir más. Entonces también yo comprendí aquello que había visto en el bicho sobre la pared: tanto esfuerzo, dolor y pasión, que ahora que saben su historia, ya no suena ridículo.

Y ahora, en este amanecer, en el patio de mi casa, está mi amigo en esta maceta. . .

Ya muy entrada la noche, nos fuimos a dormir. Lo puse sobre el buró. Le prometí ir al río y ver el amanecer. Pero. . .

Al despertar no estaba sobre el buró. Lo encontré en el suelo. Estaba boca arriba, tieso. . . ¿Qué?, ¿qué había sucedido? Pensé: está dormido; pero no, ahí estaba con su media antena. Entonces lo toqué y estaba duro. ¡Ya no estaba ahí!

Si no lo había tocado antes, ahora, tal vez demasiado tarde, lo acaricié.

Y ahora está aquí, bajo la tierra, en esta maceta. Con una cruz, porque la llevó. La cucaracha, un amigo, estaba a mi lado.

En la maceta estaba mi amigo y el de todos, porque siempre estuvo buscando. Me doy cuenta de lo que me enseñó, ¿es demasiado tarde? No; como él me dijo: lo empezaba a sentir dentro de mí.

Había visto sus lágrimas: ¿eran de tristeza?, ¿de alegría? No hay diferencia; lo cierto es que ahora resbalaban por mis mejillas, una tras otra. . .

Ni supe su nombre. ¿Cómo le pongo?, ¿Cucaracha Juan?, ¿Pedro?, ¿Rodrigo?, ¿Paco? No, no tenía nombre. El suyo era el de la Amistad y era toda su vida. ¡Éste es su nombre!

¿Qué había pasado desde aquel escalón? . . . Cuando subió por la pared después de la tormenta, encontró algo que ansiaba y era la inquietud de su corazón. Pensó que conmigo lo había hallado definitivamente. Y ahora se encontraba con el que en realidad buscaba; el que creó todas esas puestas de sol y los colores del amanecer.

Por eso, a quien lea esto le digo que estoy feliz, porque mi amigo está con su Creador, con su amiga y conmigo. Feliz porque nos encontramos. Y le puse su cruz.



En la maceta estaba un amigo que me había mostrado la amistad de nuevo; que me enseñó que no se encuentra donde sea, que no es fácil. Que hay que salir fuera. . . Fuera del agujero y de uno mismo. Que había que dar toda la vida.

Por eso, si alguna vez observan que al encontrarme una cucaracha en la cocina por la noche, escondida bajo el refrigerador o corriendo en los gabinetes, y no le doy el zapatazo de costumbre, sino que me le quedo viendo, o que la tomo con una hoja, que no les parezca extraño, pues ya saben las razones. Las causas son porque conocí a un amigo.

Ahora no me habla, pero está aún más cerca de mí porque me cambió. Les digo que se oye raro. . . Un insecto. Por eso no sabía si escribirlo.

Un encuentro que no transforma no es verdadero. Sí, todo comenzó con una palabra: "Gracias". Una palabra que no supe de dónde o de quién provenía, ¿recuerdan?

Y con ella quiero terminar frente a este amanecer: ¡Gracias!, porque también un día, un Amigo se agachó con los hombres y murió para salvarnos.

Como les había dicho, esto no es tanto una historia mía, sino la de un amigo que vivía bajo las alcantarillas.

Febrero de 1981.

*“ESTO” se imprimió por primera vez  
en la antigua Valladolid de Michoacán,  
hoy Morelia del Sagrado Corazón,  
bajo el cuidado de los hermanos  
Marco Antonio y Bricio Tavera Torres Impresores.  
Se terminó el 12 de octubre de 1982,  
en la conmemoración de la Coronación de Santa  
María de Guadalupe, del descubrimiento de  
América y de la Raza.*